

ces, y cinco me has vencido; y creo que si nos encontrásemos mil veces, sucedería lo mismo. Si volvemos á encontrarnos hombre á hombre, juro que ó tú serás mío ó yo seré tuyo. Ya no es honrada emulación lo que me guía; porque si antes quería vencerle con iguales fuerzas (cuerpo á cuerpo), ahora me apoderaré de él de cualquier modo, ya sea por la fuerza ó ya por la astucia.

SOLDADO 1.º—Es el diablo.

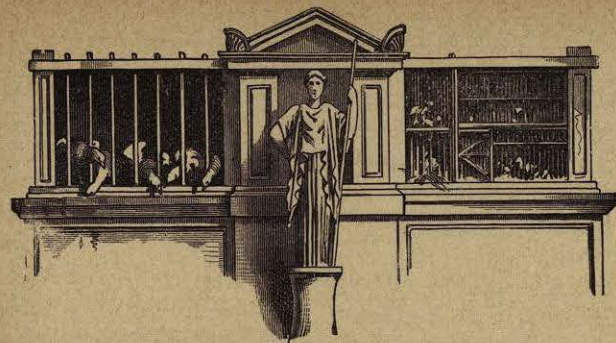
AUFIDIO.—Más audaz pero no tan sutil. La mancha que por él sufro ha envenenado mi valor. Por causa de él, deserta de su propia naturaleza, y nada podría guarecer á mi odiado enemigo contra su furia; ni templo, ni capitolio, le protegerían con su antiguo privilegio; y aunque le encontrase en mi propio lugar y al amparo y salvaguardia de mi propio hermano, allí mismo hollando la ley de la hospitalidad, bañaría mi mano vengadora en la sangre de Marcio. Vete á la ciudad y averigua el modo como la sostienen, y quiénes son los que han de ir á Roma como rehenes.

SOLDADO 1.º—¿No queréis ir?

AUFIDIO.—Me aguardan en el bosquecillo del ciprés, al sur de los molinos de la ciudad. Hacedme saber allí el giro que toman las cosas, para que á tenor de ellas arregle yo mi proceder.

SOLDADO 1.º—Lo haré como mandáis, señor.

(Salen.)



ACTO II

ESCENA I

Plaza pública en Roma

Entran MENENIO, SICINIO y BRUTO

MENENIO

El augur me dice que tendremos noticias esta noche.

BRUTO.—¿Buenas ó malas?

MENENIO.—No muy conformes á las preces del pueblo, porque éste no ama á Marcio.

SICINIO.—La naturaleza enseña á los animales á conocer sus amigos.

MENENIO.—¿Podéis decirme á quién ama el lobo?

SICINIO.—Al cordero.

MENENIO.—Sí: para devorarlo; como lo harían los hambrientos plebeyos con el noble Marcio.

BRUTO.—Es un cordero, no hay duda, pero que gruñe como un oso.

MENENIO.—Es un oso, no hay duda; pero que vive como un cordero. Vos sois ambos ancianos en la ex-

perencia. Decidme una cosa que quiero preguntaros.

AMBOS.—¿Qué?

MENENIO.—¿Qué ligera falta posee Marcio, que no tengáis vosotros en abundancia?

BRUTO.—¡Qué ligera falta! las reúne todas en alto grado.

SICINIO.—Sobre todo, el orgullo.

BRUTO.—Y la jactancia, por la cual es más de notar que hombre alguno.

MENENIO.—Esto sí que es extraño. ¿Sabéis uno y otro de qué sois tachados en la ciudad? ¿Lo sabéis?

AMBOS.—Veamos.

MENENIO.—Ya que habláis ahora del orgullo... ¿no os encolerizaréis?

AMBOS.—Vaya, señor! vaya, vaya!

MENENIO.—Bah! Poco caso hago de vuestra promesa; porque la menor ocasión os hace perder la paciencia. Dejaos llevar de vuestro impulso, y soltando la rienda á vuestra natural disposición, enojaos tanto como queráis, si esto os place en algún modo. ¿Criticáis á Marcio por orgullo?

BRUTO.—Y no somos nosotros solos.

MENENIO.—Ya sé que vosotros solos bien poca cosa podríais hacer; porque vuestros auxiliares son muchos, y sin ellos vuestras acciones serían harto limitadas. Valéis poco para hacer mucho. ¡Habláis de orgullo! ¡Ojalá pudiérais volver la vista y examinar el interior de vuestras interesantes personas! ¡Ojalá lo pudiérais!

BRUTO.—Bien. ¿Y qué?

MENENIO.—Pues descubriríais un par de magistrados sin mérito, orgullosos, violentos, tales como no hay otros en Roma.

SICINIO.—También vos sois harto conocido, Menenio.

MENENIO.—Me tienen por un patricio de buen humor, que gusta de una taza de vino generoso sin mezcla de gota de agua del Tíber: dicen de mí que tengo el defecto de favorecer al primero que se

queja; pronto á inflamarme por el más leve motivo, y que suelo conversar más con el silencio de la noche que con el brillo de la alborada. Digo lo que pienso, y cuando he desahogado mi mente, no queda en mí ninguna hiel. Cuando me doy de manos á boca con dos vividores públicos (pues no os puedo llamar Licurgos), si la bebida que me dan me sabe mal al paladar, no puedo evitar un mal gesto. Ni puedo decir que vuestras señorías han hablado con elocuencia, cuando oigo en cada sílaba un rebuzno; y aun cuando debo tolerar á los que digan que sois hombres de todo punto graves, esto no impide que mientan mortalmente los que os dicen que tenéis buenas caras. Si esto veis en mí ¿no se deduce que soy harto conocido? ¿Y qué defecto habéis descubierto en semejante carácter, malignos tribunos?

BRUTO.—Vamos, señor, vamos: os conocemos bastante.

MENENIO.—No me conocéis ni á mí ni á vosotros mismos, ni cosa alguna. Estáis ávidos de adulaciones y genuflexiones del miserable populacho; y malgastáis toda una hermosa tarde en oír la disputa entre una verdulera y un ganapán, y en seguida aplazáis para otro día la audiencia de su litigio. Cuando estáis oyendo el asunto debatido por las partes, suele suceder que si os da una punzada de cólico, hacéis más gestos que las máscaras; y clamando por el vaso de noche abandonáis la cuestión dejándola más embrollada que antes. Toda la justicia que acertáis á hacer es llamar bribones á ambos contendientes. ¡Vaya qué par!

BRUTO.—Vamos, vamos. Es cosa sabida que servís más para sentaros á la mesa, que en el Senado.

MENENIO.—Vuestros mismos sacerdotes se echarían á reír al dar con sujetos tan ridículos como vosotros. Lo mejor que decís sobre cualquier asunto no vale un pelo de vuestras barbas; que no valen lo que la crin de las sillas de un asno. Por eso decís que Marcio es orgulloso; á pesar de que, estimándolo

en lo menos posible, vale más que todos vuestros antepasados, desde Deucalión, aunque tal vez haya habido entre los mejores de ellos algunos verdugos. Buenas tardes, augustos tribunos. Mi cerebro se infestaría en hablar más con vosotros, ganaderos del rebaño de plebeyos. Con que adiós. (*Bruto y Sici- nio se retiran á la parte posterior de la escena.—Entran Volumnia, Virgilia y Valeria.*) ¿Cómo estáis, mis bellas y nobles señoras? Ni Diana, descendiendo á la tierra, os aventajaría en majestad.

VOLUMNIA.—¿Qué buscáis por aquí, Menenio? Mi hijo Marcio se acerca. Por amor de Juno, dejadnos ir.

MENENIO.—¡Ah! ¿Marcio regresa á Roma?

VOLUMNIA.—Sí, digno Menenio, y coronado por brillante éxito.

MENENIO.—¡Oh, gracias, Júpiter! He de beber en tus altares. ¡Marcio de vuelta en Roma!

LAS DOS.—Esta es la verdad.

VOLUMNIA.—Mirad. Aquí tenéis una carta suya, otra tiene el Estado, otra su esposa, y creo que en vuestra casa hay una para vos.

MENENIO.—¡Pues esta noche voy á echar la casa por la ventana! ¡Una carta para mí!

VIRGILIA.—Sí: la he visto yo misma.

MENENIO.—¡Una carta para mí! Esto va á darme salud para siete años seguidos... despediré á mi médico. ¿Y no le han herido? El contaba con volver herido á Roma.

VIRGILIA.—¡Oh, no, no, no!

VOLUMNIA.—Sí; está herido; y por ello doy gracias á los dioses.

MENENIO.—Y yo también, si las heridas no son graves. Este es el adorno que mejor le sienta. ¿Llega victorioso?

VOLUMNIA.—La victoria ciñó su frente, Menenio. Es la tercera vez que vuelve á Roma con la corona de encina.

MENENIO.—¿Y ha aplicado á Aufidio un correctivo eficaz?

VOLUMNIA.—Tito Larcio escribe que Marcio y Aufidio se batieron uno contra otro, pero que Aufidio se escapó.

MENENIO.—Y lo hizo muy á tiempo, se lo aseguro, ó no habría podido volver á moverse nunca. No me pondría en su lugar por todos los tesoros de Coriolos. ¿Está el Senado instruído de todo esto?

VOLUMNIA.—Vamos, mis buenas señoras. Sí, sí: el Senado tiene cartas del general en las que atribuye á mi hijo toda la gloria de esta guerra. Ha sobrepujado con sus hechos en ella todas sus proezas anteriores.

VALERIA.—Se refieren de él cosas que asombran.

MENENIO.—Asombrosas por cierto, os lo garantizo, y ganadas á buen precio.

VIRGILIA.—Quieran los dioses que sea como decís.

VOLUMNIA.—¡Cómo! ¿Lo dudáis?

MENENIO.—¿Que si es verdad? Yo os lo abono. ¿Dónde tiene las heridas? (*A los tribunos, que salen al frente de la escena.*) ¡Guarden los dioses á vuestras dignas señorías! Marcio regresa á Roma, y tiene nuevos motivos para estar orgulloso. ¿Dónde tiene las heridas?

VOLUMNIA.—En el hombro y en el brazo izquierdo. Ya tendrá hartas cicatrices que mostrar cuando se presente al pueblo á pretender su nombramiento. Cuando la expulsión de Tarquino, recibió siete heridas.

MENENIO.—Una en el cuello y dos en el muslo. Nueve conozco yo.

VOLUMNIA.—Antes de esta última expedición contagiosa contaba ya veinticinco.

MENENIO.—Ahora son veintisiete. Cada una marca la muerte de un enemigo. (*Aclamaciones y música.*) ¡Oíd! Las trompetas.

VOLUMNIA.—Son los heraldos de Marcio. El rumor de la victoria le precede y el llanto de los vencidos le sigue. El sombrío espíritu, la muerte, se asienta en sus brazos vigorosos. Cuando los extiende, los enemigos de Roma se inclinan y sucumben.



(Al sonido de las trompetas entran Cominio y Tito Larcio: entre uno y otro, Coriolano coronado con la guirnalda de encina. Capitanes, soldados y un heraldo).

HERALDO.—Sepa Roma que Marcio combatió solo dentro de las puertas de Coriolos, donde ganó junto con la fama un nuevo nombre que añadir á los de Cayo Marcio. Este nombre de honor es Coriolano. ¡Sed bienvenido á Roma, famoso Coriolano!

TODOS.—¡Bienvenido á Roma, famoso Coriolano!

CORIOLOANO.—No más alabanzas. Esas aclamaciones afligen mi corazón. No más, os lo suplico.

COMINIO.—Mirad, señor, á vuestra madre.

CORIOLOANO.—¡Oh! (*Se arrodilla.*) Estoy seguro de que habéis rogado á los dioses en mi favor!

VOLUMNIA.—Levántate, mi buen soldado; levántate, mi gentil Marcio, mi digno Cayo, y por tus nuevas hazañas llamado... ¿qué nombre es? ¿debo llamarte... Coriolano? Pero ¡oh! ¡he aquí á tu esposa!

CORIOLOANO.—Salve, tierna esposa... cuyo silencio me hechiza. ¿Y lloras de verme triunfante? ¿Hubieras reído acaso, si me hubiesen traído sobre el escudo? ¡Ah, amada mía! Deja ese llanto para las viudas de Coriolos y para las madres que echan de menos á sus hijos.

MENENIO.—¡Amigo! ¡los dioses te coronen!

CORIOLOANO.—¿Vos aquí? (*á Valeria.*) Perdonad, amable señora.

VOLUMNIA.—No sé de qué lado volverme. ¡Oh! Bienvenido á Roma, bienvenido vos, general; bienvenidos todos vosotros.

MENENIO.—Cien mil parabienes. Estoy que quisiera reirme, y quisiera llorar, y me siento ligero y pesado á un tiempo. Si alguien dejara de regocijarse al verte, tendría en el fondo de su corazón la maldición del cielo. Sois tres en quienes Roma debe cifrar todo afecto. Y sin embargo, á fe de hombres, tenemos aquí algunos viejos agriados á manera de manzanos silvestres que no se pueden ingertar á tu gusto. Pero sed bienvenidos, guerreros; nosotros llamamos á una ortiga, ortiga, y á las faltas de los necios, necedad.

COMINIO.—Siempre sentencioso.

CORIOLOANO.—Siempre, Menenio, siempre.

HERALDO.—Despejad y avanzad.

CORIOLOANO (*á su madre y su esposa.*)—Vuestra mano: la vuestra. Antes de reposar mi cabeza en nuestro hogar, debo visitar á los buenos patricios, de quienes he recibido no sólo la bienvenida, sino nuevos honores.

VOLUMNIA.—He vivido lo bastante para ver cumplidos los ensueños de mi fantasía. Sólo una cosa falta, y no dudo que nuestra Roma te la otorgará.

CORIOLOANO.—Sabed, madre mía, que prefiero ser

su servidor á mi modo, á mandarles plegándome al suyo.

COMINIO.—Marchemos al Capitolio.

(Música. Cornetas. Salen con gran pompa, como antes.

Los tribunos se quedan).

BRUTO.—De él hablan todos para verle; hasta los viejos se arman de lentes: la nodriza deja llorar al niño mientras extasiada sólo piensa en charlar de él; la fregona adorna con su mejor hilo de abalorios su tostado cuello y escala las paredes para mirarlo. Escaparates, ventanas, cornisas, están atestados; á los tejados se encaraman gentes de todos los tipos y colores, todos acordes en el ansia de verlo. Sacerdotes que rara vez se ven, van confundidos entre las oleadas de la muchedumbre y empujan y se esfuerzan por abrirse paso para encontrar cualquier sitio; y hasta nuestras damas olvidan sus velos y no temen exponer á los ardientes rayos del sol sus rostros delicadamente teñidos de blanco y carmín. No se diría sino que algún dios que lo guía, se hubiese encarnado en sus formas para dar gracia y fascinación á todos sus ademanes.

SICINIO.—A prevalecer la impresión del momento, respondo de que será cónsul.

BRUTO.—Y nuestro empleo dormirá en profundo sueño mientras dure Marcio en el poder.

SICINIO.—Esperemos que no sabrá acertar con la conveniente moderación, que conoce el término y límite de su poder; perderá, luego, cuánto ganó.

BRUTO.—Esta esperanza consuela.

SICINIO.—No lo dudéis. El pueblo á quien representamos, impulsado por sus antiguos resentimientos, olvidará por la menor causa estos nuevos honores; y en cuanto á él no es menos seguro que les dará motivo para ello, como que cifrará su orgullo en despreciarlo.

BRUTO.—Le oí jurar que si había de presentarse para ser cónsul, jamás iría al foro revestido con el

traje de la humildad, ni, siguiendo la antigua costumbre, mostraría sus heridas al pueblo para mendigar el voto de sus pestíferos labios.

SICINIO.—Es verdad.

BRUTO.—Son sus propias palabras. ¡Oh! antes desistiría del intento, que deber su autoridad á otros sufragios que á los caballeros romanos, y al Senado.

SICINIO.—No podría yo desear cosa mejor que verle realizar ese propósito.

BRUTO.—Pues lo más probable es que lo hará.

SICINIO.—Entonces, sucederá lo que tanto deseamos: su ruina será inevitable.

BRUTO.—O debe caer él, ó nuestra autoridad desaparece. Es necesario que sugiramos al pueblo cuán profundo es el odio que todavía le tiene; que á haber consistido en él, habría impuesto silencio á los representantes, despojado al pueblo de sus libertades, y reducido á sus individuos á la condición de bestias de carga: no considerándolos con más alma ni con mejores aptitudes que una recua de camellos para sus guerras, que sufre el peso y sucumbe á los golpes.

SICINIO.—Esto, declarado como decís, en algún momento en que su insufrible insolencia lastime más vivamente al pueblo (lo cual sucederá si lo ponen á prueba, tan cierto como que el perro correrá tras del rebaño), bastará á inflamar las pasiones populares, cuyo resplandor ha de oscurecerle para siempre.

(*Entra un mensajero.*)

BRUTO.—¿Qué hay de nuevo?

MENSAJERO.—Os llaman al Capitolio. Dicen que Marcio será cónsul. He visto á los sordos agruparse para verle, y á los ciegos para oírle. Las matronas arrojan sus guantes, y las señoras y las doncellas sus chales y pañuelos, con que alfombran el suelo á su paso. Inclínabanse los nobles como ante la estatua de Júpiter, y el pueblo con sus aclamaciones

hacia tal ruidosa demostración, como no la he visto jamás.

BRUTO.—Vamos al Capitolio; y mientras acomodamos nuestra vista y nuestro oído á las necesidades del momento, guardemos nuestros corazones para cuando llegué la ocasión oportuna.

SICINIO.—Soy con vos. *(Salen.)*

ESCENA II

Roma.—El Capitolio

Entran dos oficiales y colocan algunos almohadones en los asientos.

OFICIAL 1.º—Vamos, vamos, ya están casi aquí. ¿Cuántos pretenden el consulado?

OFICIAL 2.º—Dicen que tres; pero se cree que á todos será preferido Coriolano.

OFICIAL 1.º—Ese es todo un valiente; pero tiene un orgullo desmesurado y no ama al pueblo.

OFICIAL 2.º—A fe mía que ha habido muchos grandes hombres que han lisonjeado al pueblo sin haberlo amado nunca, y puede haber muchos á quienes el pueblo ha amado sin saber por qué. De manera que si aman sin motivo, también pueden odiar sin razón; por lo cual si Coriolano no se preocupa de si le aman ó aborrecen, en ello manifiesta que conoce bien la índole y disposición del pueblo; y éste debería verlo bien claro en la noble indiferencia que le muestra.

OFICIAL 1.º—Si le fuera indiferente el amor ó el odio del pueblo, se inclinaría tanto á hacerle bien como á hacerle mal. Pero él solicita la aversión de la plebe con más empeño que el que ésta puede poner en corresponderle; no deja cosa por hacer

para mostrarse su adversario. Tan mal me parece desear la mala voluntad y el encono del pueblo, como lo que tanto repugna á Marcio: lisonjear al pueblo para ganar su afecto.

OFICIAL 2.º—Es un benemérito de la patria, y su elevación no se ha hecho por tan fáciles grados como la de aquellos que á fuer de dóciles cortesanos del pueblo, han subido al poder sin otra hazaña. Pero él ha plantado de tal modo sus hechos á la vista y en los corazones de todos, que sería injuriosa ingratitude en ellos no confesarlo así y dejar silenciosas sus lenguas. Decir lo contrario es maldad que rechazaría con indignación quien quiera que la oyese.

OFICIAL 1.º—No hablemos más de él: es un digno varón. Vamos, ya llegan.

(Entran precedidos por lictores, Cominio, el cónsul, Menenio, Coriolano, otros muchos senadores, Sicinio y Bruto. Los senadores ocupan sus sitios. Los tribunos también toman los suyos.)

MENENIO.—Resuelta ya la suerte de los volscos y la embajada de Tito Larcio, queda como objeto principal de esta nuestra reunión, recompensar el noble servicio de quién ha hecho tanto en bien de la patria. Dignaos por ello, graves y venerables patricios, indicar al cónsul presente, nuestro digno general en las recientes victorias, que refiera algo de la noble obra consumada por Cayo Marcio Coriolano, á quien tenemos aquí para darle las gracias y ofrecerle honores dignos de él.

SENADOR 1.º—Hablad, buen Cominio, y no omitáis cosa alguna por temor de ser largo; dejadnos pensar que nuestro Estado no tiene suficientes recompensas para él. Tribunos del pueblo, solicitamos vuestra más benévola atención y vuestro celo por la república para que sancione Roma los acuerdos que aquí se adopten.

SICINIO.—Nos asociamos á vuestros votos por la paz, y venimos dispuestos á honrar y secundar los designios de esta asamblea.

BRUTO.—Y lo haremos con doble placer, si quiere reconocer al pueblo bondadosamente alguna mayor valía de la que le atribuyó hasta ahora.

MENENIO.—Eso es inoportuno, muy inoportuno. Habría preferido que guardaseis silencio. ¿Queréis oír hablar á Cominio?

BRUTO.—Con la mejor voluntad. Sin embargo, mi advertencia era más pertinente que vuestra repulsa.

MENENIO.—El ama á vuestro pueblo, pero no se rebaja á familiarizarse con él. Hablad, digno Cominio. (*Coriolano se levanta, y ofrece retirarse.*) No. No os mováis. Sentáos, Coriolano, y no os ruboricéis de oír lo que tan noblemente habéis hecho.

CORIOLANO.—Con permiso de vuestras señorías. Preferiría curarme de nuevo mis heridas, antes que oír la relación de cómo las hube.

BRUTO.—Espero, señor, que no son mis palabras lo que os hace abandonar vuestro asiento.

CORIOLANO.—No, por cierto. Sin embargo, he solido huir siempre de combatir con palabras, acostumbrado como estoy á otro género de combates. No me habéis ofendido, puesto que no me aduláis. En cuanto á vuestro pueblo, le estimo en lo que vale.

MENENIO.—Sentaos, os ruego.

CORIOLANO.—Preferiría estarme al sol, rascándome ocioso, mientras suena la alarma, que estarme aquí á oír mis pequeñeces. (*Sale Coriolano.*)

MENENIO.—Tribunos del pueblo: ¿cómo podrá él adular á vuestras muchedumbres (en las que hay uno bueno entre mil), si veis que arriesga todos sus miembros y su vida por la fama, y no presta siquiera su oído á los elogios? Continúad, Cominio.

COMINIO.—Me faltará la voz; pues los hechos de Coriolano no deberían enunciarse débilmente. El valor es considerado como la primera de las virtudes, y reviste de dignidad á quien lo posee. Pues

siendo así, no hay en todo el mundo hombre que pueda equipararse á aquel de quien hablo. A la edad de diez y seis años, cuando Tarquino avanzaba sobre Roma, combatió aventajando á muchos; el que era entonces nuestro dictador, al cual señalo con todo aplauso, le vió luchar y hacer que ante su rostro imberbe retrocedieran los bigotudos veteranos. Acudió en auxilio de un romano asaltado por muchos enemigos, y á la vista del cónsul mató á tres de los adversarios: encontró á Tarquino mismo, y le atacó, postrándole en tierra. Y en los hechos de aquel día, aquel mancebo que podía desempeñar en el teatro un papel de mujer, probó ser el primer hombre en el campo de batalla; y por eso fué premiado con la corona de encina. Pasando así de la adolescencia á la juventud, su marcha fué parecida á una inundación; y en el estrago de diez y siete batallas sucesivas, fué siempre su espada la que alcanzó los mejores lauros. En cuanto á estos últimos de Coriolos, permitidme deciros que no puedo describirlos tales como son. El detuvo á los fugitivos y con su raro ejemplo convirtió á los acorbados en perseguidores del enemigo. A la manera que las aguas bajo la proa del navío, los hombres cedían y caían en torno suyo á su impulso. Adonde quiera que dirigía su espada, dejaba por huella la muerte. De pies á cabeza estaba cubierto de sangre, y á cada uno de sus movimientos acompañaban los ayes de los moribundos. El penetró solo por las puertas de la ciudad, en la cual puso el sello del adverso destino; se retiró sin ayuda de nadie, y conduciendo un esfuerzo, cayó sobre Coriolos como un planeta despeñado, y todo fué suyo. Poco después, cuando el rumor de la batalla volvió á herir sus oídos, se inflamó de nuevo su valeroso espíritu, y sin dar reposo á los fatigados miembros, se lanzó otra vez al combate, ni se detuvo un solo instante á tomar aliento hasta que fuimos dueños del campo y de la ciudad.

MENENIO.—¡Noble varón!

SENADOR 1.^o—Para un hombre como él no son bastantes los honores que le otorguemos.

COMINIO.—Rechazó con desdén los despojos puestos á sus pies, y trató las más valiosas riquezas como un montón de basura. Menos desea de lo que daría un avaro; halla su recompensa en sus propias acciones, y no sabe cómo emplear mejor el tiempo que en completarlas.

MENENIO.—Es un tipo de nobleza. Hagámosle llamar.

SENADOR 1.^o—Llamad á Coriolano.

OFICIAL.—Helo aquí. *(Vuelve á entrar Coriolano.)*

MENENIO.—Coriolano, el Senado tiene á bien hacerte cónsul.

CORIOLANO.—Le debo todavía mi vida y mis servicios.

MENENIO.—Sólo resta que habléis al pueblo.

CORIOLANO.—Os suplico que me permitáis prescindir de esa costumbre; porque no puedo despojarme de mis vestiduras, exhibirme desnudo y rogarles en nombre de mis heridas que me den sus votos. Dignaos eximirme de esta ceremonia.

SICINIO.—Señor, el pueblo tiene que otorgar los votos, y no consentirá en suprimir ni una tilde del ceremonial.

MENENIO.—No les sujetéis á esta prueba, os raego. Obedeced la costumbre, como todos vuestros predecesores, y aceptad ese honor en la forma usada hasta hoy.

CORIOLANO.—Es un papel que me avergonzaré de desempeñar; bien pudiera quitarse al pueblo ese espectáculo.

BRUTO *(aparte.)*—¿Habéis notado eso?

CORIOLANO.—¡Alardear ante ellos de que hice esto ó hice aquello! ¡Mostrarles cicatrices que ya no duelen y que deberían guardarse ocultas, como si yo las hubiese recibido solamente para exponerlas á su

infecto aliento y recoger el vil salario de sus votos!

MENENIO.—No hagáis hincapié en eso. Os recomendamos, tribunos del pueblo, el deseo del Senado, y deseamos al noble cónsul mil prosperidades. *(Le aclaman; suenan trompetas y salen los senadores, excepto Bruto y Sicinio.)*

BRUTO.—Ya veis de qué modo se propone tratar al pueblo.

SICINIO.—¡Ojalá éste comprenda el intento! El solicitará su voto, de modo que comprendan cuánto desprecia el poder que tienen de concedérselo ó negárselo.

BRUTO.—Vamos y les informaremos de nuestros actos aquí. Sé que nos esperan en el foro. *(Salen.)*

ESCENA III

El foro romano

Entran varios ciudadanos.

CIUDADANO 1.^o—Soy de parecer que si pide nuestros votos, no debemos negárselos.

CIUDADANO 2.^o—Podemos hacerlo si queremos.

CIUDADANO 3.^o—Tenemos el poder de hacerlo; pero no podremos ejercerlo, porque si nos muestra sus heridas, y nos dice sus hazañas, nosotros tenemos que besarle sus heridas; y como él refiera sus nobles proezas, no es posible eximirse de la gratitud. Lo contrario sería monstruoso, y no se puede hacer ingrata á la multitud, sin convertirla en una monstruo y sin que nosotros, como parte de ella, vengamos á ser miembros monstruosos.

CIUDADANO 1.^o—Y poca ayuda se necesita para que se piense de nosotros algo mejor que eso; porque

ya en una ocasión él mismo no vaciló en llamarnos el monstruo de cien cabezas.

CIUDADANO 3.º—Son muchos ya los que nos han llamado así; no porque nuestras cabezas sean negras, ó castañas ó calvas, sino porque nuestros pareceres son de tan diversos colores; y creo en verdad que si todas nuestras opiniones hubiesen de salir de un solo cráneo, saldrían volando al este, al oeste, al norte y al sur. Si se les pidiera señalar un rumbo fijo, escogerían todos los puntos de la rosa de los vientos.

CIUDADANO 2.º—¿Esto pensáis? Pues ¿en qué dirección os parece que iría mi juicio?

CIUDADANO 3.º—Lo cierto es que estando como está, encerrado en una caja tan dura, tardaría más en salir que el de otro hombre; pero una vez fuera y en libertad, tomaría rumbo al sur.

CIUDADANO 2.º—¿Y por qué allí?

CIUDADANO 3.º—Para ir á perderse en una niebla, y después de derretidas las tres cuartas partes en un rocío malsano, la otra parte volvería por respeto á la conciencia, para ayudarte á encontrar mujer.

CIUDADANO 2.º—Siempre chancero. Vaya, lo excuso, lo excuso.

CIUDADANO 3.º—¿Estáis resueltos á dar vuestros votos? Pero no importa, pues basta con la mayoría. Afirmo que si él se inclinara en favor del pueblo, jamás habría habido hombre más digno. (*Entran Coriolano y Menenio.*) Helo ahí que viene vestido con la túnica del humilde. Observad su actitud. Tenemos que acercarnos dos á dos y tres á tres, al sitio donde él está, y no ir en grupo. Debe hacer su petición individualmente, en lo cual cada uno de nosotros recibe un honor personal, dándole nuestro voto con nuestra propia boca. Seguidme, pues, y os diré cómo habéis de ir hacia él.

TODOS.—Sí, sí, de buena gana. (*Salen.*)

MENENIO.—¡Ah, señor! No tenéis razón en eso.

¿No sabéis que lo han hecho así los hombres más dignos?

CORIOLANO.—¿Qué debo decir? Ayudadme, ¡maldita costumbre! No; jamás podré humillarme hasta el extremo de decir á un pueblo: «Mirad mis heridas; las hube en servicio de la patria, cuando algunos de vuestros hermanos, con aullidos de espanto, huían del ruido de nuestros propios tambores.»

MENENIO.—¡Por amor á los dioses! No debéis hablar de eso, sino excitarlos á que piensen en vos.



CORIOLANO.—¿Pensar ellos en mí? Quisiera verlos colgados! Ojalá se olvidaran de mí para siempre.

MENENIO.—Lo echaréis á perder todo. Os dejo, y os suplico que les habléis con moderación.

(*Sale.—Entran dos ciudadanos.*)

CORIOLANO.—Suplicadles que se laven la cara y se limpien los dientes. Aquí viene una pareja. Ya sabéis, plebeyos, la causa de que yo esté aquí?

CIUDADANO 1.º—La sabemos. ¿Qué es lo que os ha conducido á esto?

CORIOLANO.—Mi propio merecimiento.

CIUDADANO 2.º—¿Vuestro propio merecimiento?

CORIOLANO.—Sí: no mi propia voluntad.

CIUDADANO 1.º—¿Cómo? ¿No vuestra propia voluntad?

CORIOLANO.—No; jamás ha sido mi deseo importunar á los pobres poniéndome á mendigar de ellos.

CIUDADANO 1.º—Debéis pensar que si os damos algo será con la esperanza de que con vos ganaremos.

CORIOLANO.—Bien: entonces ¿cuál es vuestro precio por el consulado?

CIUDADANO 1.º—El precio, señor, es pedirlo bondadosamente.

CORIOLANO.—Pues bien: bondadosamente lo pido. Concedédmelo. Tengo heridas que mostrar y podréis verlas en privado. ¡Ea! Dadme vuestro voto. ¿Qué decís?

CIUDADANO 2.º—Lo tendréis.

CORIOLANO.—Cuento con él. He aquí dos excelentes votos. Cuento con vuestra limosna. Adiós.

CIUDADANO 1.º—Pero esto no deja de ser extraño.

CIUDADANO 2.º—Me arrepiento de haberle dado mi voto... pero en fin, ¿qué importa?

(Salen los dos ciudadanos.—Entran otros dos.)

CORIOLANO.—Si lo tenéis á bien, y no es desacorde con el tono de vuestras voces, el que yo sea cónsul, traigo aquí la acostumbrada túnica.

CIUDADANO 3.º—Habéis servido noblemente á vuestra patria, y no la habéis servido noblemente.

CORIOLANO.—Descifradme este enigma.

CIUDADANO 3.º—Habéis sido un exterminador de los enemigos y fuísteis también el azote de vuestros amigos. No habéis amado al pueblo.

CORIOLANO.—Deberíais estimar como una virtud el que no haya sido yo vulgar en mis afectos; pero adularé al pueblo ya que así lo queréis y le place. Ellos consideran que eso es lo que debe hacerse; ya que prefieren á mi corazón mi saludo; me mostraré cortés y con perfecto disimulo me desembarazaré de ellos; esto es, remedaré á los que buscan la popularidad, y prodigaré todo género de prome-

sas. Por tanto, os ruego que me permitáis ser cónsul.

CIUDADANO 4.º—Esperamos que encontraremos en vos un amigo, y por ello os damos nuestros votos de buena voluntad.

CIUDADANO 1.º—¿Habéis recibido muchas heridas por la patria?

CORIOLANO.—Es inútil que os las muestre, ya que lo sabéis. Mucho me regocijo de haber obtenido vuestros votos y no os molestaré más.

LOS DOS.—Que los cielos os favorezcan. (Salen.)

CORIOLANO.—¡Lindos votos, á fe mía! Más vale morir, más vale perecer de hambre, que mendigar el pago que hemos merecido. ¿Por qué he de estar aquí en esta funda de lana, para implorar los fútiles votos del primero que venga? La costumbre me obliga á hacerlo, y lo que la costumbre exige, se ha de seguir en todo. El polvo de los tiempos antiguos no ha sido barrido; y así el error se ha acumulado hasta formar una montaña tan densa, que la verdad no puede penetrar al través de ella. Antes que hacer este necio papel, debería dejar el alto empleo y los honores á otro que se preste á desempeñarlo. Pero ya estoy metido en esto, y puesto que empecé, no tengo otro remedio que seguir. (Entran otros tres ciudadanos.) Aquí vienen más votos... Dadme vuestros votos. Por vuestros votos he combatido. Por vuestros votos tengo más de dos docenas de heridas. Por vuestros votos hice muchas cosas, grandes y pequeñas. Dadme vuestros votos. Deseo ser cónsul.

CIUDADANO 5.º—Se ha portado noblemente y no debería faltarle el voto de ningún hombre de bien.

CIUDADANO 6.º—Por lo tanto, debe ser cónsul. Que los dioses le protejan y le hagan amigo del pueblo.

TODOS.—Amén, amén. Dios te salve, noble cónsul.

(Salen los ciudadanos.)

CORIOLANO.—¡Vaya unos votos!

(Vuelve á entrar Menenio, con Bruto y Sicinio.)

MENENIO.—Habéis cumplido, y los tribunos os reconocen como elegido por el pueblo. Sólo falta que, revestido con las insignias oficiales, os presentéis ahora al Senado.

CORIOLANO.—¿Ya ha concluido esto?

SICINIO.—Habéis satisfecho lo que exige la antigua costumbre: el pueblo os acepta, y se os intima para reuniros con el Senado y tratar de la aprobación.

CORIOLANO.—¿Dónde? ¿En el palacio del Senado?

SICINIO.—Sí.

CORIOLANO.—¿Es decir que puedo mudar de vestido?

SICINIO.—Podéis hacerlo.

CORIOLANO.—Lo haré al instante; y otra vez en posesión de mí mismo, iré al Senado.

MENENIO.—Os acompaño. ¿Queréis venir?

BRUTO.—Permanecemos aquí para convocar al pueblo.

SICINIO.—Adiós. (*Salen Coriolano y Menenio.*) Ya tiene el consulado. Por su aspecto, parece que va contento de su triunfo.

BRUTO.—Cubrió con la humilde vestidura su corazón repleto de altivez. ¿Queréis despedir al pueblo?

Vuelven á entrar los ciudadanos.

SICINIO.—¿Y bien, amigos? ¿Habéis elegido á este hombre?

CIUDADANO 1.º—Sí; cuenta ya con nuestros votos.

BRUTO.—Rogamos á los dioses que merezcan nuestro afecto.

CIUDADANO 2.º—Amén, señor. En mi pobre concepto, cuando pidió nuestros votos, se burlaba de nosotros.

CIUDADANO 3.º—Por cierto que nos humilló abiertamente.

CIUDADANO 1.º—No. Este es su modo natural de hablar. No se burlaba de nosotros.

CIUDADANO 2.º—No hay uno solo entre todos, ex-

cepto vos, que no crea que nos ha escarnecido. Debía habernos mostrado sus heridas, las señales del merecimiento contraído para con la patria.

SICINIO.—Lo hizo ya: estoy seguro de ello.

CIUDADANOS (*varios hablan á un tiempo.*)—No. Nadie las ha visto.

CIUDADANO 3.º—Habló, es verdad, de que tenía algunas heridas y que las mostraría en privado; y entre indolente y desdeñoso, dijo: «Deseo ser consul. La antigua costumbre no me permite serlo sino por vuestros votos. Por tanto, dadme vuestros votos.» Y cuando se los hubimos concedido, ¿qué dijo? Gracias por vuestros votos, por vuestros excelentes votos. Ahora que me habéis votado, nada tengo que hacer con vosotros.» ¿No era esto burla y escarnio?

SICINIO.—Pues una de dos: ó habéis sido unos necios, si no lo habéis advertido; ó viéndolo, demasiado niños en votarle y mostrarle afecto.

BRUTO.—¿No pudisteis decirle lo que se os encargó? Cuando él no tenía más poder que el de servidor subalterno del Estado, era vuestro enemigo. Habló siempre contra vuestras libertades y contra los privilegios que gozáis en el cuerpo de la república. Y ahora que alcanza la suprema gerarquía en el Estado; si prosigue siendo tenaz enemigo del pueblo, ¿por qué con vuestros votos maldeciros á vosotros mismos? Debíais haberle dicho que así como sus nobles hechos no merecen menos que la recompensa del honor que pretendía, así también su benévola índole debía hacerle pensar en aquellos cuyos votos deseaba, y trocar su antigua hostilidad en afecto, convirtiéndose en protector y amigo.

SICINIO.—Diciendo esto, como se os había recomendado, habríais movido su corazón y puesto á prueba sus inclinaciones. Y una de dos: ó empeñaba su promesa y entonces en cualquiera ocasión necesaria le habríais obligado á cumplirla; ó se hubiera sublevado su naturaleza arrogante, que no

se somete á nada que le imponga restricción alguna; y entonces, aprovechando su cólera, dejabais de elegirlo.

BRUTO.—¿No observasteis con cuán franco desprecio solicitaba vuestros votos? Y siendo así cuando os necesitaba ¿pensáis que ese desprecio no se hará sentir teniendo el poder de anonadaros? Pues qué ¿en vuestros cuerpos no había corazón? ¿O sólo teníais lengua para gritar contra los dictados del buen sentido?

SICINIO.—¿No rehusásteis, antes de ahora, más de un pretendiente? ¿Y ahora ponéis los pretendidos votos en manos de quien no los pide sino escarneándoos?

CIUDADANO 3.^o—Todavía no está confirmado en la elección. Podemos negarlo aún.

CIUDADANO 2.^o—Y lo negaremos. Respondo de quinientos votos para ello.

CIUDADANO 1.^o—Y yo de mil.

BRUTO.—Partid al instante y decid á esos amigos, que han escogido un cónsul que los despojará de sus libertades, y no les dejará más voz que á los perros, á quienes se golpea cuando ladran, y cuando no ladran.

SICINIO.—Reúnase el pueblo, y con más madura reflexión, revoquen todos una elección tan desacertada. Insistid en su orgullo y en su antiguo odio contra vosotros. Fuera de esto, no olvidéis con cuánto desprecio llevaba la túnica de la humildad, y como aun bajo de ella os escarneía; y con todo, vuestro afecto en consideración á sus servicios, os hizo olvidar el recelo que inspira semejante actitud, que en todo era ajustada al antiguo rencor que os profesa.

BRUTO.—Echad la culpa á nosotros, los tribunos, y decid que influímos y trabajamos sobre vuestros ánimos para decidirlos á que la elección recayera en él.

SICINIO.—Decid que si lo elegisteis, fué más bien

en fuerza de nuestro mandato que en satisfacción de vuestros propios afectos; y que vuestra mente preocupada con lo que teníais que hacer y con lo que debíais haber hecho, os forzó á elegirle, contra el propio deseo. Echad sobre nosotros toda la culpa.

BRUTO.—Sí. No nos tratéis con ninguna suerte de consideración. Decid que os encomiamos lo muy joven que era cuando empezó su carrera, y cuán largo tiempo la continuó con honor; y hablamos luego de la estirpe de que desciende, la noble casa de los Marcios, de la cual fueron Anco Marcio, hijo de la hija de Numa, quien reinó aquí después del gran Hostilio, y Publio y Quinto, el que trajo por acueductos nuestras mejores aguas, y Censorino, aquel ídolo del pueblo, noblemente llamado así por haber sido censor dos veces, que es también uno de sus grandes antecesores.

SICINIO.—Decid que nosotros habíamos recomendado á vuestro favor un hombre nacido de tan ilustre prosapia, que además había merecido por su propia persona ocupar elevado puesto; pero que luego os pareció, comparando su actitud presente con su pasado, que es siempre vuestro tenaz enemigo, y que por tanto revocáis vuestra inmediata elección.

BRUTO.—No olvidéis insistir en que jamás lo habríais hecho si nosotros no os lo hubiéramos aconsejado; y tan luego como os hayáis reunido en suficiente número, dirigios al Capitolio.

CIUDADANOS (*varios hablan á un tiempo.*)—Lo haremos así. Casi todos se arrepienten de esta elección.

(*Salen los ciudadanos.*)

BRUTO.—Dejadlos seguir adelante. Vale más arriesgar este motín, que permanecer inactivos esperando una calamidad, sin duda, más grande. Si, como es de esperar de su carácter, esta repulsa le pone rabioso, acechemos la ocasión y aprovechemonos de su despecho.

(*Salen.*)